

PALABRAS DEL ALMIRANTE ISAAC FRANCISCO ROJAS

Afligido y orgulloso al mismo tiempo, llego hasta aquí para despedir los restos mortales del doctor Manuel Vicente Ordóñez. Lo primero no requiere comentario alguno. El orgullo, el triste orgullo, me lo infunde el representar en este acto tan solemne a la Revolución Libertadora. Ordóñez era parte visceral de ella y exponente irremplazable de las ideas sobre las que se gestó, organizó y ejecutó ese acto de amor a la patria, ese "noble gesto" como la llamaba Jorge García Venturini, uno de los grandes amigos del destacado extinto.

Cuando se habla de sepultar los rencores y otorgarse recíprocos perdones con el objeto de que los argentinos nos unamos, tras décadas de enconados desencuentros, se formula una plegaria que no puede merecer más que la aprobación y el empeño de todos los argentinos que sienten a la patria. Pero, también pienso que ningún organismo viviente puede recuperar su plena salud si por debajo de las cicatrices que han dejado los golpes recibidos, no se han removido, aunque sea con dolor y sacrificio, las causas ciertas y probadas que produjeron las heridas.

Y el organismo social de nuestra nación continúa gravemente enfermo porque los grandes traumas que le produjo la segunda tiranía hace más de cuatro décadas están cerrando en falso mientras que por debajo de las costras superficiales sigue acumulada la putrefacción moral que corrompió los tejidos más nobles de los hijos de esta tierra: su alma nacional, su ética pública y privada, su moral media, su amor a la República, su recta y honorable justicia hoy desnaturalizada. Además, ante todos es-

tos gravísimos males, hoy se observa con fundado recelo la visible deriva de la nave del Estado hacia playas orientales u orientalizadas, conducida por demagogos disimulados y orbeparlantes. Azorada, la ciudadanía independiente, ansiosa del orden occidental, cristiano y consustanciado con el mundo libre se pregunta: ¿qué timoneles de tormenta enmendarán el rumbo de la auténtica nacionalidad argentina, la de Manuel Ordóñez y la de tantos millones de argentinos que esperan la salvación de la República verdaderamente democrática y liberal en trance de naufragio nacional entre los escollos implacables del mundo marxista y anticristiano?

Hoy, la palabra "democracia" parece adquirir las propiedades milagreras del unguento mágico que esparcido generosamente por los dueños del poder pretende en vano curar hasta el fondo las llagas lacerantes que produjo el perverso e implacable ataque a la libertad. El doctor Ordóñez no se dedicó nunca a ejercer ese curanderismo de oportunidad que después de la Revolución Libertadora fue practicado con mayores o menores entusiasmos por gran parte de la dirigencia política argentina, y las corporaciones sindicales acopladas institucionalmente y anti-constitucionalmente al quehacer político. Con frecuencia se contempla el desembozado compadrazgo entre muchos de los que ayer se manifestaron víctimas de la tiranía y hasta sufrieron sus atropellos y los que hoy exhiben arrogantes los títulos y estigmas heredados de la misma, sin clara definición de enmienda, porque borrarlos no es posible.

Desde muy joven inició Manuel Ordóñez su tarea como defensor de principios. Esencialmente los cristianos y la libertad. Su actuación pública más notoria se inició cuando integraba la Junta Ejecutiva organizadora de la Marcha de la Constitución y de la Libertad que el 19 de septiembre de 1945 se transformara en el mayor acto de oposición al gobierno que traía larvado el totalitarismo peronista. Ese mismo año colaboró activamente en las publicaciones "Antinazi" y "Argentina Libre", y editó un folleto titulado *Perón contra la verdad*, dado que un grupo de católicos parecía apoyar al demagogo. En ese folleto contraponía las afirmaciones de Perón con frases pronunciadas por el Papa Pío XII y otras de varias Encíclicas. Poco más tarde, ante la presión del régimen peronista ejer-

cida sobre la Universidad Nacional, renunció a la cátedra de Introducción a la Filosofía que dictaba en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Incansable defensor de la libertad empezó a atender gratuitamente en su estudio de abogado a los perseguidos por el régimen, fuesen éstos gremialistas, anarquistas, judíos o peronistas desplazados.

En 1951 esta disposición lo llevó a aceptar la defensa de "La Prensa", injusta y malévolamente perseguida, y luego confiscada. Esta noble conducta le hizo perder clientes *preocupados por su enfrentamiento con las autoridades*.

En 1952 es detenido sin causa ni proceso durante cuatro meses. Su casa era vigilada constantemente por la Policía Federal y en diversas oportunidades debió ocultarse ante avisos de su inminente captura.

En 1955, después del 16 de junio, su casa fue nuevamente allanada y al no ser encontrado en ella fueron encarcelados sus tres hijos varones mayores, Manuel, Marcos y Marcelo. Durante los cuatro meses que estuvo prófugo, el doctor Ordóñez redactó la plataforma del Partido Demócrata Cristiano.

Triunfante la Revolución Libertadora se incorporó como consejero de número a la Junta Consultiva Nacional representando a la Democracia Cristiana, juntamente con el doctor Rodolfo Martínez Achával y compone con el doctor Luis María Bullrich y el escribano Horacio Marcó la representación del pensamiento católico en el seno de ese organismo que el que habla tuvo el honor de presidir. Allí nació la amistad y el entendimiento que nos unió hasta ayer, pero cuyo sentido, más allá de la separación física ha de trascender durante el resto de vida que me conceda el Todopoderoso, ungido por tantas afinidades espirituales, por tantos ideales, algunos alcanzados y otros perdidos a lo largo de la senda, pero nunca desaparecidos de nuestra mente y de nuestros corazones.

Desde 1945 en adelante el doctor Manuel Ordóñez pronunció innumerables conferencias en defensa de la democracia y de la libertad, publicó numerosos folletos y artículos que, a juicio de los escribas y censores del régimen ominoso eran desestabilizadores y conspirativos. Interpretación equivocada porque lo que hacía Ordóñez

no era otra cosa que confrontar la verdad con la prédica falaz del dictador. Por eso es que aquellos juicios dictados por la prepotencia y el miedo a la libertad y a las ideas y conductas que se compadecen con ellas, son otros tantos florones que brillan y enaltecen el blasón de ideales de este repúblico eminente.

Cuando el Gobierno Provisional entregó el poder en mayo de 1958, el doctor Manuel Ordóñez no bajó el telón de la Revolución Libertadora ni puso emplastos sobre lacras que ocultaban tejidos descompuestos. Tampoco atizó rencores, pero no quiso blanquear sepulcros pestilentes y empleó su verbo y su pluma para limpiar los establos de Augías. Si muchos lo hubieran acompañado en esta patriótica e ineludible misión, aún pendiente, es probable que la restauración moral de la Nación ya estaría en avanzado camino. Pero no ha sido así y él se ha ido, creo, con la honda pena de ver que lo que él hizo y lo que hicieron otros como él, no había llegado a producir los frutos elevados que se propuso la Revolución Libertadora a la que tanto amó. Pero cumplió con su deber de ciudadano de la República y de siervo fidelísimo de la Iglesia Católica Apostólica Romana guardando transparente lealtad a los principios rectores que guiaron su existencia ejemplar. De él puede decirse, como expresaba Demóstenes, que se presentaba, hablaba y actuaba revestido con la dignidad de sus ideales.

Ello envuelve a su memoria con el ropaje immaculado del hombre de bien, de un ciudadano eminente, de un repúblico insobornable y denodado, de un amigo de todas las causas nobles: su fe cristiana y la libertad ante todo.

Que estas infrecuentes virtudes y nobles pasiones ayuden a su digna esposa doña Beatriz Gallardo, a la hermosa familia que supo formar y a sus incontables amigos, a sobrellevar la intensa pena que nos causa su desaparición física, y a inclinar la cabeza con cristiana resignación ante la Voluntad de Dios Nuestro Señor.

Nosotros y quienes saben quien fue Manuel Vicente Ordóñez quedamos para siempre con el vivo recuerdo, agradecido y punzante, de quien fue un gestor, un luchador, un servidor y un gran señor de la Revolución Libertadora.